

mézcla, que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quixote y Sancho, y no los que describia su autor aragones. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle, que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quixote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que Don Quixote salio de la venta, informándose primero, qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas, ó alcornoques, que en esto no guarda la pun-

tualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dexó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quixote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias, que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la floxedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban: y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si nudo Gordiano cortó el Magno Alexandro, diciendo: tanto monta cortar, como desatar, y no por eso dexó de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á San-

cho á pesar suyo : que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes , que se me da á mi que se los dé él , ó que se los dé otro , pues la sustancia está en que él los reciba , lleguen por do llegaren . Con esta imaginacion se llegó á Sancho , habiendo primero tomado las riendas de Rocinante , y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas , comenzóle á quitar las cintas , que es opinion que no tenia mas que la delantera , en que se sustentaban los greñescos ; pero apénas hubo llegado , quando Sancho despertó en todo su acuerdo , y dixo ¿ que es esto , quien me toca y desencinta ? Yo soy , respondió Don Quixote , que vengo á suplir tus faltas , y á remediar mis trabajos : véngote á azotar , Sancho , y á descargar en parte la deuda á que te obligaste . Dulcinea parece , tú viues en descuido , yo muero deseando , y así desatácate por tu voluntad , que la mia es de darte en esta soledad por lo ménos dos mil azotes . Eso no , dixo Sancho , Vuesa Merced se esté quedo ; si no , por Dios verdadero , que nos han de oír los sordos : los azotes á que yo me obligué , han de ser voluntarios y no por fuerza , y ahora no tengo gana de azotarme , basta que doy

á Vuesa Merced mi palabra de vapularme y mosquearme , quando en voluntad me viniere . No hay dexarlo á tu cortesía , Sancho , dixo Don Quixote , porque eres duro de corazon , y aunque villano , blando de carnes : y así procuraba y pugnaba por desenlazarle . Viendo lo qual Sancho Panza , se puso en pie , y arremetiendo á su amo , se abrazó con él á brazo partido , y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba : púsole la rodilla derecha sobre el pecho , y con las manos le tenia las manos de modo , que ni le dexaba rodear , ni alentar . Don Quixote le decia : ¿ como traydor , contra tu amo y señor natural te demandas ? ¿ con quien te da su pan te atreves ? Ni quito Rey , ni pongo Rey , respondió Sancho , sino ayúdome á mi , que soy mi señor : Vuesa Merced me promete , que se estará quedo , y no tratará de azotarme por agora , que yo le dexaré libre y desembarazado , donde no , aqui morirás traydor enemigo de Doña Sancha . Prometióselo Don Quixote , y juró por vida de sus pensamientos ²⁰ no tocarle en el pelo de la ropa , y que dexaria en toda su voluntad y albedrío el azotarse quando quisiese . Levantóse Sancho , y desxióse de aquel lugar un buen espacio , y yen-

do á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á Don Quixote, que le favoreciese. Hizolo así Don Quixote, y preguntándole que le había sucedido, y de que tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos Don Quixote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y dixole á Sancho: no tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas que tientes y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros, que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la Justicia, quando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender, que debo de estar cerca de Barcelona: y así era la verdad, como él lo había imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía, y si los muertos los habían espantado, no ménos los atribuláron mas de quarenta bandoleros vivos, que de improviso les rodeáron, diciéndoles en lengua ca-

talana, que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su Capitan. Hallose Don Quixote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna; y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rucio, y á no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas y la maleta traía: y avinole bien á Sancho, que en una ventiera²¹ que tenía ceñida venian los escudos del Duque, y los que habian sacado de su tierra, y con todo eso aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazon su Capitan, el qual mostró ser de hasta edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel exercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventiera.²² Admiróle ver lanza arrimada

al árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegose á él diciéndole: no esteis tan triste, buen hombre, porque no habeis caído en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas, que de rigurosas. No es mi tristeza, que respondió Don Quijote, haber caído en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay limites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la orden de la andante caballería que profeso, á vivir continuo alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de Don Quijote tocaba mas en locura, que en valentía, y aunque algunas veces le habia oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reynase en co-

razon de hombre, y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos dél habia oído, y así le dixo: valeroso caballero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el Cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quijote, quando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga, y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la qual en llegando á él, dixo: en tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en tí, si no remedio, á lo ménos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quien soy: yo soy Claudia Gerónima, hija de

Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrèllas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando, y ya sabes que este Torrèllas tiene un hijo, que Don Vicente Torrèllas se llama, ó á lo ménos se llamaba no ha dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breues palabras la que me ha causado. Vióme, requébróme, escuchele, enamoróme á hurto de mi padre, porque no hay muger, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en execucion y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, el me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer, que olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia, y por no estar mi padre en el Lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que ves, y apresurando el paso á este caballo, alcancé á Don Vicente obra de una legua de aqui, y sin ponerme á dar quejas, ni á oír disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas

en el cuerpo, abriéndole puertas por donde enuuelta en su sangre saliese mi honra. Allí le dexo entre sus criados, que no osaron, ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte, para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimesmo á rogarte defindas á mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atreven á tomar en él desafortada venganza. Roque admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dixo: ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues verémos lo que mas te importare. Don Quixote que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dixo: no tiene nadie para que tomar trabajo en defender á esta señora, que lo tomo yo á mi cargo: dénme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré á buscar á ese caballero, y muerto, ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dixo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra donçella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le

mudáron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendía mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos, que volviesen á Sancho todo quanto le habian quitado del rucio, mandóles asimesmo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto Don Vicente. Llegáron al lugar donde le encontró Claudia, y no halláron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubriéron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender, como era la verdad, que debia de ser Don Vicente, á quien sus criados, ó muerto, ó vivo llevaban, ó para curarle, ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Halláron á Don Vicente en los brazos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba, que le dexasen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegóronse á él, te-

miéron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de Don Vicente: y así entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos, le dixo: si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, le dixo: bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida, ni debida á mis deseos, con los quales, ni con mis obras jamas quise, ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? No por cierto, respondió Don Vicente, mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que zelosa me quitases la vida, la qual pues la dexo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recíbeme por esposo, si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon de manera, que sobre la sangre y pecho de Don Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mor-

tal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabía qué hacerse. Acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y truxéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo Don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo qual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los ayres con suspiros, hirió los ciclos con quejas, maltrató sus cabellos entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. ¡Ó cruel, é inconsiderada muger! decía ¡con que facilidad te moviste á poner en execucion tan mal pensamiento! ¡Ó fuerza rabiosa de los zelos, á que desesperado fin conducis á quien os da acogida en su pecho! ¡Ó esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecía campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart

ordenó á los criados de Don Vicente, que llevasen su cuerpo al Lugar de su padre, que estaba allí cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dixo á Roque, que quería irse á un monasterio, donde era Abadesa una tia suya, en el qual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eternó acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y defender á su padre de los parientes de Don Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió del llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima. ¿Pero que mucho, si texieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los zelos? Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á Don Quixote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática, en que les persuadía dexasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma, como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rústica y desbaratada, no les

entraba bien la plática de Don Quixote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza, si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del rucio le habian quitado. Sancho ³³ respondió, que sí, sino que le faltaban tres tocadores, que valian tres ciudades. ¿Que es lo que dices, hombre? dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Así es, dixo Don Quixote; pero estimalos mi escudero en lo que ha dicho, por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado, y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible, y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedáron contentos, satisfechos y pagados, dixo Roque á Don Quixote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. Á lo que dixo Sancho: segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se

use aun entre los mismos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos, que estaban puestos por centinelas por los caminos, para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dixo: señor, no léjos de aqui, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. Á lo que respondió Roque: ¿has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aqui luego, sin que se os escape ninguno. Hicieronlo así, y quedándose solos Don Quixote, Sancho y Roque, aguardáron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dixo Roque á Don Quixote: nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quixote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, porque realmente

le confieso, que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado, que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé que deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mías, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir del á puerto seguro. Admirado quedó Don Quixote de oír hablar á Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba, que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltar no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: Vuesa Merced está enfermo, conoce su dolencia, y

el Cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse, que los simples, y pues Vuesa Merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si Vuesa Merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de Don Quixote, á quien mudando plática contó el trágico suceso de Claudia Gerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo, y dos peregrinos á pie, y un coche de mugeres con hasta seis criados, que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogieronlos los escuderos en medio, guardan-

do vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el qual preguntó á los caballeros, que quien eran, y adonde iban, y que dinero llevaban. Uno dellos le respondió: señor, nosotros somos dos Capitanes de Infantería Española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en quatro galeras, que dicen están en Barcelona, con orden de pasar á Sicilia: llevamos hasta docientos, ó trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mesmo que á los Capitanes: fuéle respondido, que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrámbos podrían llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien, quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban: y uno de los de á caballo dixo: mi señora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dixo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos

y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta, mirese á como le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los saltadores, levantáron la voz, diciendo: viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres, que su perdicion procuran. Mostráron afi-girse los Capitanes, entristeciése la señora Regenta, y no se holgáron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los Capitanes, dixo: Vuesas Mercedes, señores Capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña, porque el Abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á los soldados, ni á muger alguna especialmente á las que son principales. Infinitas y bien dichas fuéron las razones con que los Capitanes agradecieron

á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuviéron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta á un criado suyo die- se luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los Capitanes habían des- embolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les di- xo, que se estuviesen quedos, y volvién- dose á los suyos, les dixo: destes escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se dén á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayén- dolo aderezo de escribir, de que siempre an- daba proveído Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayores de sus esquadras, y despidiéndose dellos, los dexó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole mas por un Alexandro Mag- no, que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua gascona y ca-

talana: este nuestro Capitan, mas es pa- ra frade, que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda y no con la nuestra. No lo dixo tan paso el desventurado, que dexase de oirlo Roque, el qual echando ma- no á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes diciéndole: desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pas- máronse todos, y ninguno le osó decir pa- labra: tanta era la obediencia que le te- nian. Apartóse Roque á una parte, y es- cribió una carta á un su amigo á Barce- lona, dándole aviso como estaba consigo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian: y que le hacia saber, que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de allí á quatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, arma- do de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto á sus ami- gos los Niarros, para que con él se sola- zasen, que él quisiera que carecieran des- te gusto los Cadells sus contrarios, pero que esto era imposible, á causa que las lo- curas y discreciones de Don Quixote, y

los donayres de su escudero Sancho Panza, no podian dexar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el trage de bandolero en el de ²⁴ un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo Don Quixote con Roque, y si estuviera trecentos años no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quien, y otras esperaban sin saber á quien. Dormian en pie, interrompiendo el sueño mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estaba, porque los muchos ban-

dos que el Visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar, ó entregar á la Justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partiéron Roque, Don Quixote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la vispera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á Don Quixote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entónces no se los habia dado, los dexó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse Don Quixote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho, quando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mesmo instante alegráron tambien el oido el son de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que un rostro mayor que el de una rodela por el mas baxo horizonte po-

co á poco se iba levantando. Tendiéron Don Quixote y Sancho la vista por todas partes, viéron el mar, hasta entónces dellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Viéron las galeras que estaban en la playa, las quales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barriaban el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y léjos llenaban el ayre de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondian los cañones de cruxía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho

como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos, que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lillies y algazara los de las libreas, adonde Don Quixote suspenso y atónito estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque ²⁵ dixo en alta voz á Don Quixote: bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella ²⁶ y el norte de toda la caballería andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quixote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los ²⁷ historiadores. No respondió Don Quixote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de Don Quixote, el qual volviéndose á Sancho, dixo: estos bien nos han conocido, yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del Aragonés recién impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quixote, y dixole: Vuesa Merced, señor Don Quixote, se venga con nosotros, que to-

dos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quixote respondió: si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija, ó parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no ménos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos que son mas malos que el malo, dos dellos traviosos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encaxaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, diéron con sus dueños en tierra. Don Quixote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se

encerraron entre mas de otros mil que los seguian. Volvieron á subir Don Quixote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dexaremos por agora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPÍTULO LXII.

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quixote, caballero rico y discreto y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el qual viendo en su casa á Don Quixote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo, fué hacer desarmar á Don Quixote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon, que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y

de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante del los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se había hallado, sin saber como, ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel día con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quixote como á caballero andante, de lo qual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donayres de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa, y todos quantos le oian. Estando á la mesa, dixo Don Antonio á Sancho: acá tenemos, noticia buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro día. No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso, y mi señor Don Quixote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrámbos ocho días: verdad es, que si tal vez me sucede, que me dén la vaquilla, corro con

la soguilla: quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo, y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dixera esto, sino mirara á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es, que quando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa, y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué Gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. Como! dixo Don Antonio; Gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una Ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la qual salí vivo por milagro. Contó Don Quixote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que

dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á Don Quixote, se entró con él en un apartado aposento, en el qual no habia otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mesmo se sostenia, sobre la qual estaba puesta al modo de las cabezas de los Emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo qual dixo: agora, señor Don Quixote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á Vuesa Merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades que imaginarse pueden, con condicion, que lo que á Vuesa Merced dixere, lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió Don Quixote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad, porque quiero, que sepa Vuesa Merced, señor Don Antonio (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar: así que con seguridad puede Vuesa Merced trasladar lo que tiene en su pe-

cho en el mío, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe desá promesa, respondió Don Antonio, quiero poner á Vuesa Merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba Don Quixote, esperando en que habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano Don Antonio se la paseó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenia, y luego dixo: esta cabeza, señor Don Quixote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el qual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos, que le di, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á quantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viénes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta ma-

ñana. En este tiempo podrá Vuesa Merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en quanto responde. Admirado quedó Don Quixote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quixote, no armado sino de rúa, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dexasen salir de casa. Iba Don Quixote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusieronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha.* En comen-

zando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de quantos venian á verle, y como leian: este es Don Quixote de la Mancha, admirábase Don Quixote de ver, que quantos le miraban, le nombraban y conocian, y volviéndose á Don Antonio, que iba á su lado, le dixo: grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los terminos de la tierra: si no, mire Vuesa Merced, señor Don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen. Así es, señor Don Quixote, respondió Don Antonio, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues, que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un castellano, que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz diciendo: válgate el diablo por Don Quixote de la Mancha, como que hasta aqui has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes áuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propie-

dad de volver locos y mentecatos á quantos te tratan y comunican : si no , mirelo por estos señores que te acompañan. Vuelvete , mentecato , á tu casa , y mira por tu hacienda , por tu muger y tus hijos , y déxate destas vaciedades , que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Hermano , dixo Don Antonio , seguid vuestro camino , y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo , y nosotros , que le acompañamos , no somos necios : la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare , y andad en hora mala , y no os metáis donde no os llaman. Par diez Vuesa Merced tiene razon , respondió el castellano , que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el aguijon ; pero con todo eso me da muy gran lástima , que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato , se le desagüe por la canal de su andante caballeria : y la en hora mala que Vuesa Merced dixo , sea para mí y para todos mis descendientes , si de hoy mas , aunque viviese mas años que Matusalen , diere consejo á nadie , aunque me lo pida. Apartóse el consejero , siguió adelante el paseo ; pero fué tanta la priesa que

los muchachos y toda la ²⁹ gente tenia leyendo el rétulo , que se le hubo de quitar Don Antonio , como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche , volviéronse á casa , hubo sarao de damas , porque la muger de Don Antonio , que era una señora principal y alegre hermosa y discreta , convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped , y á gustar de sus nunca vistas locuras. Viniéron algunas , cenóse espléndidamente , y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas , y con ser muy honestas , eran algo descompuestas , por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas diéron tanta priesa en sacar á danzar á Don Quixote , que le molieron , no solo el cuerpo , pero el ánima. Era cosa de ver la figura de Don Quixote , largo , tendido , flaco , amarillo , estrecho en el vestido , desayrado , y sobre todo , no nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas , y él tambien como á hurto las desdeñaba ; pero viéndose apretar de requiebros , alzó la voz , y dixo : *Fugite , partes adversae* : dexadme en mi sosiego ; pensamientos malvenidos ; allá os avenid , señoras , con vuestros deseos ; que la que es

Reyna de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan: y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio, que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió del, fué Sancho, diciendole: nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis baylado: ¿pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros baylarines? Digo, que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante, ántes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arrojándole, para que sudase la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció á Don Antonio, ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con Don Quixote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á Don Quixote en el bayle, que aquella propia noche se habian quedado con la muger de Don Antonio, se encerró en la estancia donde es-

taba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y dixoles, que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada, y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto, y aun si Don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayéron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza, fué el mismo Don Antonio, y dioxle en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, ¿que pensamientos tengo yo agora? Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida esta razon: yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo qual todos quedaron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. ¿Quantos estamos aqui? tornó á preguntar Don Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: estais tú, y tu muger con dos amigos tuyos y dos amigas de-

lla, y un caballero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose Don Antonio de la cabeza, dixo: esto me basta para darme á entender, que no fui engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y preguntéle lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas y amigas de saber: la primera que se llegó, fué una de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntó, fué: dime, cabeza ¿que haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: sé muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dixo: querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien, ó no. Y respondiéronle: mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo: esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto, las obras que se hacen, declaran la voluntad que tiene el que las hace. Llegó luego uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntóle ¿quien soy

yo? Y fuéle respondido: tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas, si me conoces tú? Si conozco, le respondiéron, que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle: dime, cabeza: ¿que deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondiéron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dixo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la muger de Don Antonio, y dixo: yo no sé, cabeza, que preguntarte, solo querría saber de ti, si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla: sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quixote, y dixo: dime tú el que respondes, ¿fué verdad, ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efeto el desencanto de Dulcinea? Á lo de la cueva, respondiéron, hay mucho

que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán de espacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi muger y á mis hijos? Á lo que le respondiéron: gobernarás en tu casa, y si vuelves á ella, verás á tu muger y á tus hijos, y dexando de servir dexarás de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Panza, esto yo me lo dixera, no dixera mas el profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote ¿que quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado, correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedáron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso



Vieira y Ant.º Carnicero lo dibujó. Fran.º Montaner lo grabó 1782.

al mundo , creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba : y así dice , que Don Antonio Moreno , á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid , fabricada por un estampero , hizo esta en su casa , para entretenerse , y suspender á los ignorantes , y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo , pintada y barnizada como jaspe , y el pie sobre que se sostenia , era de lo mesmo , con quatro garras de águila , que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza que parecia medalla y figura de Emperador Romano , y de color de bronce , estaba toda hueca , y ni mas ni ménos la tabla de la mesa , en que se encaxaba tan justamente , que ninguna señal de juntura se parecia. El pie de la tabla era ansimesmo hueco , que respondia á la garganta y pechos de la cabeza : y todo esto venia á responder á otro aposento , que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie , mesa , garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo , que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo , correspondiente al de arriba , se ponía el que habia de responder , pegada la boca con

el mismo cañon , de modo , que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo y de abaxo arriba , en palabras articuladas y claras , y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio , estudiante agudo y discreto , fué el respondiente , el qual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza , le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta : á las demas respondió por conjeturas , y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete ³⁰ , que hasta diez , ó doce dias duró esta maravillosa máquina ; pero que divulgándose por la ciudad que Don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada , que á quantos le preguntaban respondia , temiendo no llegase á los oídos de las despiertas centinelas de nuestra Fe , habiendo declarado el caso á los señores Inquisidores , le mandáron , que la deshiciese , y no pasase mas adelante , porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de Don Quixote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona , mas á satisfacion de Don Quixote , que de Sancho. Los caballeros de la ciudad , por complacer á Don

Antonio , y por agasajar á Don Quixote , y dar lugar á que descubriese sus sandeces , ordenáron de correr sortija de allí á seis dias , que no tuvo efecto , por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á Don Quixote de pasear la ciudad á la llana y á pie , temiendo que si iba á caballo , le habian de perseguir los mochachos , y así él y Sancho con otros dos criados que Don Antonio le dió , salieron á pasearse. Sucedió pues , que yendo por una calle , alzó los ojos Don Quixote , y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes : *Aquí se imprimen libros* : de lo que se contentó mucho , porque hasta entónces no habia visto emprenta alguna , y deseaba saber como fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento , y vió tirar en una parte , corregir en otra , componer en esta , enmendar en aquella , y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quixote á un caixon , y preguntaba que era aquello que allí se hacia : dábanle cuenta los oficiales , admirábase , y pasaba adelante. Llegó en otras á uno y preguntóle , que era lo que hacia. El oficial le respondió : señor , este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y

de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoye yo componiendo para darle á la estampa. ¿Que titulo tiene el libro? preguntó Don Quixote. Á lo que el autor respondió: señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y que responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quixote. *Le bagatelle*, dixo el autor, es como si en castellano dixésemos los juguetes, y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame Vuesa Merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de Vuesa Merced, sino por curiosidad no mas) ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignatta*? Sí, muchas veces, respondió el autor. ¿Y como la traduce Vuesa Merced en castellano? preguntó Don Quixote. ¿Como la habia de traducir, replico el autor, sino diciendo olla? ¿Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante está Vuesa Merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta, que zdonde diga en el toscano *piace*, dice Vuesa Merced en el

castellano place, y adonde diga *piu*, dice mas, y el *su* declara con arriba; y el *giu* con abaxo. Sí declaro por cierto, dixo el autor, porque esas son propias correspondencias. Osaré yo jurar, dixo Don Quixote, que no es Vuesa Merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos. ¡Que de habilidades hay perdidas por ahí! ¡que de ingenios arrinconados! ¡que de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reynas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el reverso, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz: y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia en un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este exercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que ménos provecho le truxesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el Doctor Christóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro Don Juan de Jáure-

gui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda qual es la traduccion, ó qual el original. Pero dígame Vuesa Merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo ménos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en cada las pajas. Bien está Vuesa Merced en la cuenta, respondió Don Quixote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues que, dixo el autor, quiere Vuesa Merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y aun piensa que me hace merced en dárme los? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un quattrin la buena fama. Dios le dé á Vuesa Merced buena manderecha, respondió Don Quixote, y pasó adelante á

otro caxon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulaba: *Luz del alma*, y en viéndole, dixo: estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbados. Pasó adelante, y vió que asimesmo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron que se llamaba: *La segunda parte del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dixo Don Quixote, y en verdad y en mi conciencia, que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegará, como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleytables, quanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mesmo dia ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras, que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las

habia visto. Avisó Don Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quixote de la Mancha, de quien ya el Quatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

Grandes eran los discursos que Don Quixote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento, y Sancho, aunque aborrecia el ser Gobernador, como queda dicho, todavia deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde Don Antonio Moreno su hués-

ped y sus dos amigos, con Don Quixote y Sancho fuéron á las galeras. El Quatralvo que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quixote y Sancho, apenas llegaron á la marina, quando todas las galeras abatiéron tienda, y sonáron las chirimias: arrojaron luego el esquiife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesi, y en poniendo que puso los pies en el Don Quixote, disparó la Capitana el cañon de cruxia, y las otras galeras hicieron lo mesmo, y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza, quando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el General, que con este nombre le llamarémos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á Don Quixote, diciéndole: este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quixote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra, que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballeria. Con otras no ménos corteses razones le respondió Don Quixote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron to-

dos en la popa , que estaba muy bien aderezada , y sentáronse por los bandines : pasóse el Cómitre en cruzía , y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa , que se hizo en un instante. Sancho , que vió tanta gente en cueros , quedó pasmado , y mas quando vió hacer tienda con tanta priesa , que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando ; pero esto todo fuéron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder ³⁴ de la mano derecha , el qual ya avisado de lo que habia de hacer , asió de Sancho , y levantándole en los brazos , toda la chusma puesta en pie y alerta , comenzando de la derecha banda , le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa , que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos , y sin duda pensó , que los mismos demonios le llevaban , y no paráron con él , hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando , sin poder imaginar que fué lo que sucedido le habia. Don Quixote que vió el vuelo sin alas de Sancho , preguntó al General , si eran ceremonias aquellas que se usaban con los

primeros que entraban en las galeras , porque si acaso lo fuese , él , que no tenia intencion de profesar en ellas , no queria hacer semejantes ejercicios , y que votaba á Dios , que si alguno llegaba á asirle para voltearle , que le habia de sacar el alma á puntillazos : y diciendo esto , se levantó en pie y empuñó la espada. Á este instante abatiéron tienda , y con grandísimo ruido dexáron caer la entena de alto abaxo. Pensó Sancho , que el cielo se desencaxaba de sus quicios , y venia á dar sobre su cabeza , y agobiándola lleno de miedo , la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quixote , que tambien se estremeció , y encogió de hombros , y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amaynado , y todo esto callando , como si no tuvieran voz , ni aliento. Hizo señal el Cómitre que zarpasen el ferro , y saltando en mitad de la cruzía con el corvacho , ó rebenque , comenzó á mosquear las espaldas de la chusma , y á alargarse poco á poco á la mar. Quando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos) dixo entre sí : estas sí son verdaderamente cosas encantadas , y no las que mi amo di-

ce. ¿Que han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¿y como este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo, que este es infierno, ó por lo ménos el purgatorio. Don Quixote que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dixo: ¡ah Sancho amigo, y con que brevedad, y quan á poca costa os podiades vos, si quisiédes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiriades vos mucho la vuestra: y mas, que podría ser, que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Preguntar queria el General que azotes eran aquellos, ó que desencanto de Dulcinea, quando dixo el marinero: señal hace Montjuich de que hay baxel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido, saltó el General en la cruxia, y dixo: ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantin de cosarios de Argel debè de ser este, que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la Capitana, á saber lo que se les ordenaba. Man-

dó el General, que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque así el baxel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un baxel, que con la vista le marcáron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el qual baxel, quando descubrió las galeras, se puso en caza, con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conociéron que no podian escaparse, y así el Arráez quisiera, que dexaran los remos, y se entregaran, por no irritar á enojo al Capitán que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los del baxel oir las voces que desde ella les decian, que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir, dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, disparáron dos escopetas, con que diéron muerte á dos soldados, que sobre nuestras arrumba-

das venian. Viendo lo qual, juró el General de no dexar con vida á todos quantos en el baxel tomase, y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debaxo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del baxel se vieron perdidos: hiciéron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia, tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzádoles la Capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la presa volvíeron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad. Mandó echar el esquite para traerle, y mandó amaynar la entena, para ahorcar luego luego al Arráez y á los demas turcos, que en el baxel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el General, quien era el Arráez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser

renegado español) este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro Arráez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General: dime, mal aconsejado perro, ¿quien te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las Capitanas? ¿No sabes tú, que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arráez, pero no pudo el General por entónces oír la respuesta, por acudir á recibir al Virey, que ya entraba en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dijo el Virey. Y tan buena, respondió el General, qual la verá Vuestra Excelencia agora colgada desta entena. ¿Como así? replicó el Virey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á quantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el Arráez del bergantin,

y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta esperando la muerte. Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó: dime, Arráez, ¿eres turco de nacion, ó moro, ó renegado? Á lo qual el mozo respondió en lengua asimesmo castellana: ni soy turco de nacion, ni moro, ni renegado. ¿Pues que eres? replicó el Virey. Muger christiana, respondió el mancebo. ¿Muger christiana, y en tal traje, y en tales pasos? mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dixo el mozo, ó señores, la execucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quien fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ó á lo ménos ³² hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El General le dixo, que dixese lo que quisiere; pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera: de aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien hallo-

vido estos dias un mar de desgracias, nació yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tios míos llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir, que era christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, ántes la tuviéron por mentira y por invencion, para quedarme en la tierra donde habia nacido, y así por fuerza mas que por grado, me truxéron consigo. Tuve una madre christiana, y un padre discreto y christiano, ni mas ni ménos: mamá la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamas, á mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado Don Gaspar Gregorio; hijo mayorazgo de un caballero, que junto á nuestro Lugar otro suyo tiene. Como me vió, como nos habíamos, como se vió perdido por mí, y co-

mo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo, que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel, que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros Lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios míos, que consigo me traian, porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del Lugar, y se fué á buscar alguno en los reynos extraños, que nos acogiese. Dexó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocasse al tesoro que dexaba en ninguna manera, si acaso ántes que él volyese nos desterraban. Hicelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berberia, y el Lugar donde hicimos asiento, fué en Argel, como si le hicieramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, pre-

guntóme de que parte de España era, y que dineros y que joyas traia. Dixele el Lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma volviere por ellos. Todo esto le dixé temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir, como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí, que lo decian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme, considerando el peligro que Don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos, en mas se tiene y estima un mochacho, ó mancebo hermoso, que una muger, por bellissima que sea. Mandó luego el Rey, que se le truxesen allí delante para verle, y preguntóme, si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entónces yo, casi como prevenida del Cielo le dixé, que sí era; pero que le hacia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dexase ir á vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con ménos empacho pareciese ante su presencia. Dixome, que

fuese en buena hora , y que otro dia hablariamos en el modo que se podia tener , para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con Don Gaspar , contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre : vestile de mora , y aquella mesma tarde le truxe á la presencia del Rey , el qual en viéndole , quedó admirado y hizo designio de guardarla para hacer presente della al Gran Señor , y por huir del peligro que en el serrallo de sus mugeres podia tener y temer de sí mismo , la mandó poner en casa de unas principales moras , que la guardasen y la sirviesen , adonde le lleváron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se dexa á la consideracion de los que se apartan , si bien se quieren. Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantin , y que me acompañasen dos turcos de nacion , que fuéron los que matáron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español , señalando al que habia hablado primero , del qual sé yo bien que es christiano encubierto , y que viene con mas desseo de quedarse en España , que de volver á Berbería : la demas chusma del bergantin son moros y turcos , que no sirven de mas , que de bo-

gar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes , sin guardar el órden que traíamos , de que á mí y á este renegado en la primer parte de España , en hábito de christianos , de que venimos proveidos , nos echasen en tierra , primero quisieron barrer esta costa , y hacer alguna presa si pudiesen , temiendo que si primero nos echaban en tierra , por algun accidente que á los dos nos sucediese , podríamos descubrir , que quedaba el bergantin en la mar , y si acaso hubiese galeras por esta costa , los tomasen. Anoche descubrimos esta playa , y sin tener noticia destas quatro galeras fuimos descubiertos , y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion , Don Gregorio queda en hábito de muger entre mugeres , con manifesto peligro de perderse , y yo me veo atadas las manos , esperando , ó por mejor decir , temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es , señores , el fin de mi lamentable historia , tan verdadera , como desdichada : lo que os ruego es , que me dexéis morir como christiana , pues , como ya he dicho , en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido : y luego calló , preñados los ojos de tiernas lágrimas , á quien acompañáron muchos de

los que presentes estaban. El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella y le quitó con sus manos el cordel, que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera, quando entró el Virey, y apénas dió fin á su plática la morisca, quando él se arrojó á sus pies, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dixo: ó Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma. Á cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la qual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el qual dixo al General y al Virey: esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí

de mi patria á buscar en reynos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dexé escondidas. No hallé á mi hija; hallé el tesoro que conmigo traygo, y agora por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entónces dixo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en quanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dixo: una por una vuestras lágrimas no me dexarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix los años de vida que os tiene determinado el Cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos

que la cometiéron, y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura, que valentía habia sido la suya. Hizo el General lo que el Virey le pedia, porque no se executan bien las venganzas á sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar á Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenía: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español, que se ha dicho, el qual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros christianos, porque él sabia donde, como y quando podia y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba: dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los christianos que habian de bogar el remo: fióse Ana Félix, y Ricote su padre dixo, que salia á dar el rescate de los christianos, si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se embarcó el Virey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su

padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase, quanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quixote de quantas hasta entónces le habian sucedido.

La muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, y así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dixo Don Quixote á Don Antonio, que el parecer que habian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berberia con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho Don Gayfé-